

## Transfiguración del Señor Ciclo B



6 de agosto de 2024

2Pe 1, 16-19

[Dn 7, 9-10.13-14]

Sal 96

Mc 9,2-10

P. Eduardo Suanzes, msp

Siempre digo lo mismo...: que es una pena que la liturgia nos presente el episodio de la Transfiguración del Señor separado, aislado, de los hechos que suceden inmediatamente antes; porque mirándolo así, aislado, no se puede comprender el significado último que Marcos quiere que entendamos. Así solo presentado, nos falta como la mitad para descubrir la clave de interpretación. El texto anterior es aquel en el que Pedro trata de convencer a Jesús para que no vaya a Jerusalén a entregar la vida y Jesús rechaza y califica tal pretensión de Pedro como diabólica.

Porque la intención de Marcos es esa: unir los dos episodios. En efecto. La liturgia omite tres palabras clave que están al inicio de este episodio. En realidad, este episodio comienza de la siguiente manera: «**Seis días después** tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan y los llevó a un monte alto...». Esas tres palabras «**seis días después**» nos invitan a preguntarnos qué pasó seis días antes; y lo que sucedió antes es el del anuncio de la pasión y la condición de tomar la cruz para seguir a Jesús. Marcos nos quiere hacer ver que no se pueden separar los aspectos luminosos de la existencia de los momentos dolorosos y oscuros; no se pueden separar el dolor del gozo, la muerte de la resurrección: la cruz de la gloria. La contigüidad de las dos escenas parece comunicarnos la paradoja pascual: el inundado de luz que hoy recordamos es precisamente aquel que atravesó la noche de la muerte y el que accedió a la ganancia por el extraño camino de la pérdida. La narración de estos dos episodios unidos nos pone en alerta sobre el único camino cristiano: para llegar a la trasfiguración hay que abrazar la cruz, hay que asumir la condición; porque nos pudiera pasar como a Pedro, en el monte, empeñándose en acaparar los momentos de luminosidad que proporciona Jesús («*hagamos tres tiendas*»), haciendo de él un objeto de posesión. Algo muy parecido a lo que nosotros vivimos en nuestro camino de seguimiento de Jesús: nos queremos quedar con la ganancia, pero rechazamos la pérdida. Y Marcos nos dice que ambas son realidades inseparables.

Marcos echa mano de elementos simbólicos tomados del Antiguo Testamento para «contarnos» a Jesús. Hace alusión a Moisés en la montaña, cuando en contacto con la gloria de YHWH su rostro se transfigura; también trae a colación a la experiencia de Elías, como Moisés en el Horeb, cuando fue testigo de la gloria de YHWH. Por eso son precisamente Moisés y Elías los testigos de que la gloria de Dios resplandece en el rostro de Jesús. Es, en realidad, todo el antiguo Testamento representados en Moisés (La Ley) y Elías (Los profetas) el que ahora tiene en el centro a Jesús. Otro símbolo es el de la blancura de las vestiduras de Jesús tomado del libro de Daniel que hemos escuchado en la Primera Lectura...; también el de la nube, símbolo vinculado en el AT a la proximidad de Dios, esconde la presencia divina...

Si se han dado cuenta, en relato tiene como tres partes<sup>1</sup>. En un **primer momento** predomina lo visual y los discípulos contemplan a un Jesús envuelto en luz y siendo punto de encuentro de dos personajes emblemáticos de la historia de Israel. Los acontecimientos son contados desde el punto de vista de los discípulos y su relación con los otros tres personajes es de distancia y no participación: la escena se desarrolla en pleno cielo y ellos aparecen fuera de ese ámbito y sin palabra. Si Pedro pide hacer una tienda para Jesús, Moisés y Elías, es porque la situación no es «habitabile» para ellos que se encuentran fuera de ella.

En un **segundo momento** la situación se invierte: desaparece todo lo visual a favor de lo auditivo y ya no hay más punto de referencia que la voz del Padre que revela su relación con su Hijo en términos de complacencia y amor. La escena ya no acontece ante ellos, ahora la nube luminosa los envuelve y cubre como una tienda. Los discípulos están ya dentro de la escena, inmersos en el claroscuro de la nube. Los que al inicio eran sólo espectadores de la luz de la gloria divina, ya no ven sino que oyen, la voz se dirige a ellos y les invade un temor que les hace caer rostro en tierra. El imperativo que reciben no es ver una imagen fija o medible, **sino escuchar una voz** que no se sabe de antemano lo que va a decir. **Tendrán que fiarse en obediencia, día a día, sin saber dónde les llevará ni cómo la encontrarán.**

Jesús se ha llevado aparte a sus tres amigos más íntimos, Pedro y los dos hermanos, Santiago y Juan, porque sabe que ellos arrastran al grupo. Mostrando su amor por ellos, quiere convencerlos, mediante una experiencia extraordinaria, que sufrir la muerte por procurar a los hombres vida y plenitud no significa el fracaso del ser humano y de su proyecto vital, sino que, por el contrario, asegura el éxito definitivo de la existencia. Para ello tendrán que escucharlo como la voz del monte decía. Pero en un **tercer momento**, ellos se quedan solos con Jesús mudos, en silencio... Todavía siguen sin comprender, por lo que Jesús les impide que cuenten lo sucedido hasta que resucite. A pesar de la insistencia de Jesús, la muerte del Mesías no entra en sus cálculos; siguen en la idea mesiánica que excluía la muerte y aseguraba el triunfo. Por eso no se explican que hable de resurrección de entre los muertos. Es necesario todavía escuchar a Jesús como la voz indicaba.

Lo mismo que los discípulos, también nosotros necesitamos hacer la experiencia de la proximidad del Dios consolador. Para el seguidor de Jesús el creer en él y creerle a él han de derivar de una experiencia personal de él. El relato de la transfiguración nos invita a evocar momentos de gracia en los que hemos vivido una experiencia de luz y nuestra vida apareció como transfigurada: el amor se convirtió en certidumbre, la fraternidad se hizo palpable y toda la realidad nos habló un lenguaje nuevo de esperanza y de sentido. Y si no hemos tenido esos momentos luminosos en nuestra vida, es necesario deseárselos, pedirlos con humildad a Dios.

Esas experiencias de tú a tú con Dios son fogonazos momentáneos que nos revelan el sentido del camino de fe emprendido. Evocarlos y reconocerlos como una fuerza recibida para seguir caminando, nos ayuda a continuar la búsqueda paciente de Dios y de su Reino en medio de la oscuridad y la incertidumbre.

---

<sup>1</sup> Cfr. DOLORES ALEIXANDRE, RSCJ. Contar a Jesús. Lectura orante de 24 textos del Evangelio. Ed. CCS. Madrid 2004